

BIBLIOTECA PEQUEÑITA.

(OBRA EN PRENSA.)

**La mujer.**—Por D. José de Letamendi, precedida de un ensayo biográfico acerca del autor.

(OBRA EN VENTA.)

**La Redencion de un Quinto.**—Album de trabajos de los señores Arechavala, Borrego (D. Andrés), Campoamor, Carvajal, Collado, Echegaray (D. José), Espada, Ferrari, Galdo, Ginard de la Rosa, Izaguirre, Letamendi, Llano y Persi, Moreno de la Tejera, Gamiz-Soldado, Ortega Munilla, Pagés, Palacio (D. Eduardo), Ríos (Srta. Blanca de los), Sinués (Doña María del Pilar), Tartilan (Doña Sofía), Vega, Vital Aza, Toro (Juan Bautista) y otros, coleccionados por F. DEGETAU Y GONZALEZ para redimir del servicio de las armas á un estudiante de medicina.

**Precio 1 peseta 50 céntimos.**

BIBLIOTECA PEQUEÑITA.

# ¡QUÈ QUIJOTE!

NOVELITA LILLIPUTIENSE

por

F. DEGETAU Y GONZALEZ.



MADRID

IMPRENTA DE GABRIEL PEDRAZA  
calle de las Huertas, núm 58.

1883

¡QUÉ QUIJOTE!



BIBLIOTECA PEQUEÑITA.



# ¡QUÉ QUIJOTE!

NOVELITA LILLIPUTIENSE

POR

F. DEGETAU Y GONZALEZ.



MADRID

IMPRESA DE GABRIEL PEDRAZA  
calle de las Huertas, núm 58.

**1883**

## NUESTROS PROPÓSITOS.

---

Popularizar la lectura en la medida de nuestro esfuerzo, dando tomitos de poco valor y de pocas dimensiones, y formando así una colección de cuentos, novelitas, etc., en que la belleza y el interés, despertados por las *formas conceptivas*, estén al servicio de las salvadoras ideas de fraternidad, justicia y libertad; tal es el objeto de la BIBLIOTECA PEQUEÑA.

Para lograrlo iremos publicando alternativamente obras de venerables soldados del progreso, y de jóvenes que, sin un nombre conocido, tienen fé en el porvenir, y trabajan con energía y constancia para sus queridos ideales.

A este segundo grupo pertenece el Sr. Degetau y Gonzalez; su *novelita lilliputiense* es una amarga exclamación lanzada contra el execrable calificativo de *quijotesca*, que se aplica por algunos á toda acción intrínsecamente buena.

Enemigos los que de tal modo piensan de hacer

el bien por el bien mismo, buscan en apoyo de sus ideas sofismas que envuelven en largos y redondos períodos, razonamientos huecos que se des hacen al más leve raciocinar, como si fueran redondas bombas de jabón.

El cuentecito, pues, del escritor puerto-riqueño Sr. Degetau y Gonzalez, con que empezamos nuestra série, está inspirado en los generosos sentimientos de fraternidad universal, que animan la mayor parte de los trabajos del mismo autor, esparcidos por periódicos y revistas.

\* \* \*

Esta Biblioteca, abrigando el propósito de que preceda á cada tomo un apunte biográfico de su autor, me ha encargado que haga el de Degetau, al tiempo que dé al público cuenta de sus propósitos; y si bien es verdad que yo le he prometido no dar mi opinión sobre él, no le he prometido sin embargo callar la de otros escritores de más competencia y autoridad que el que escribe estas líneas.

El sábio Letamendi lo ha estereotipado con una comparación tan original como todas las del ilustre médico-filósofo. Federico, decía en cierta ocasión, es «un cartucho de dinamita envuelto en mazapan»; aludiendo á las formas dulces y delicadas que Degetau emplea y á las explosiones de su espíritu revolucionario que, ora en bellísimos versos, como en *La obra del tiempo* y *El ar-*

tista, (1) ora en muchos de sus trabajos en prosa, revelan un claro entendimiento y un excelente corazón. Giner de los Rios dice de él, que es un escritor lleno de talento y de corazón; y Parada y Santin, en un artículo sobre su meritoria obra *La redencion de un quinto*, escribe lo siguiente:

«Y aunque el Sr. Degetau en su modestia dice discretamente en el prólogo que está agradecido al joven estudiante para cuya redencion se ha formado el libro, porque le ha dado motivo de empezar su carrera literaria, si no con una *obra buena* con una *buena obra*, debemos contestarle á fuer de críticos, si bien incompetentes, sinceros, que en los ligeros rasgos que su pluma ha dejado en esas páginas, bien claro se adivina el buen ingenio, el sentimiento artistico y las condiciones de formista literario que su poesía y su prosa revelan.»

Y como último y elocuente dato para que el lector se forme idea del autor del *¡Qué Quijote!*, le diré que en estos momentos trabaja activamente por realizar una de sus más bellas aspiraciones; la fundacion de la *Sociedad abolicionista de la pena de muerte*.

LUIS C. VACA.

---

(1) Poesía publicada en el *Semanario de las familias*, y traducida al portugués por el inspirado poeta Sr. Leal. Original y traduccion fueron reproducidos por diversos periódicos españoles y portugueses.

## PRÓLOGO.

---

Sr. D. José Zahonero.

Mi querido Pepe: He leído con indecible placer en *La Tribuna* del 22 de Noviembre un precioso cuento, *El gallito Ulises*, que has tenido la bondad de dedicarme.

Al ir á ponerte dos líneas dándote las gracias, saltó á mi vista un trabajo que yo había retirado de *La Redencion de un quinto*, donde iba á incluirlo; de aquel *Album* que, con profundo sentimiento, me com-

plazco en declararlo, no pudo editarme la empresa de la *Biblioteca latina internacional* de que eras representante, por más que tú, con tu excelente corazón, bien lo hubieras deseado.

Es una novelita que podría formar un tomo de una pulgada de alto en alguna biblioteca de aquella ciudad de hombres pequeños, pequeñitos, que Swit llamó *Lilliput*.

Cuando vivias en la calle de San Juan, en el cuarto que el infortunado Becker habitó, en el que celebrábamos los dos aquellas *tardes literarias* en que yo te escucha con la religiosidad con que se escucha al compañero-maestro; en una de aquellas tardes en que leyendo y estudiando desde las obras de Santa Teresa hasta las de Víctor

Hugo, pude apreciar tu corazón y tu talento: en una de aquellas tardes te leí, para que de todo hubiera, este cuentecito, que en recuerdo de tan agradables ratos te dedica tu amigo

FEDERICO.

## CAPITULO I.



Era en París y una tarde de Setiembre nublada y lluviosa.

Pardas nubes que cubrían la tierra atenaban los rayos del sol, para que no lastimasen las delicadas pupilas del anciano invierno, que se adelantaba en su carroza de nieves.

En el piso principal del hotel Lamont, formaba la escalera un ancho descanso, y dos puertas que en él había, daban paso, una al despacho del dueño y la otra á un pasillo, á cuyo final estaba el comedor.

Era la hora en que se concluía el almuerzo, y los viajeros iban saliendo en grupos y dirigiéndose unos á la calle y otros á sus respectivas habitaciones, situadas en los otros pisos.

Mr. Telou, el dueño del hotel, que, con cara de fiera en acecho, se paseaba desde la puerta del corredor á la de su despacho, se dirige á uno de ellos: es un jóven de veinte y un años, llamado Emilio Zineval.

—¿Me paga usted?—le dice con tono imperativo y seco.

—Suplico á usted tan solo que aguarde un poco... Mañana ó pasado recibiré una carta de mi madre, y entretanto, mi equipaje puede servirle de garantía.

Esto dice Emilio, mientras un vivo color tiñe sus megillas; el rojo de la vergüenza.

—Cinco dias hace que me dijo usted lo mismo. Lo del equipaje ya lo había pensado, y en cuanto á lo demás... necesitaba su alcoba y he dispuesto de ella. ¡Fíese usted de estos niños aventureros que comen y

beben á costa de uno, sin tener un cuarto!  
Además, yo estoy en mi derecho; reclamo lo mio.

Estas reflexiones las hacía Mr. Telou en voz alta, como para justificar su brutal proceder con los viajeros que se habian detenido á la puerta del comedor.

Mientras él hablaba, y sin escuchar sus palabras, Emilio cogió una moneda del bolsillo y arrojándola con fuerza, exclamó:

—Esta mañana empené la sortija que me puso mi madre en el dedo del corazon al separarnos. ¡Toma el dinero, Harpagon infame!

Mr. Telou se bajó, y recogiendo tranquilamente la moneda, dijo á media voz:

—¿Y á mí qué me cuenta de la sortija, ni de su madre? Lo positivo es que son veinte francos menos de pérdida.

Emilio, reparando entónces en el grupo de viajeros que eran espectadores de aquella escena, sube corriendo la escalera, llega jadeante á la puerta de su alcoba, la empuja, pero la puerta no cede; estaba cerrada.

Llama al criado. Este acude, y le entregá un inventario de su equipaje, diciéndole que Mr. Telou tiene la llave de la habitacion.

Cogió Emilio el papel, y metiéndose maquinalmente en el bolsillo, empezó á bajar despacio la escalera.

—¡Solo!... ¡Sin dinero!... ¡Sin un amigo... ¡Madre! ¡¡Madre!! ¡Si supieras cuánto sufre tu hijo!... ¿Y qué hacer?... Ir á la embajada española... Pero allí nadie me conoce, y luego tendré que decirles que he sido echado del hotel... ¡Oh esto es horrible!

A cada peldaño que bajaba sentíase más angustiado, veía más de cerca su dolorosa situacion sin encontrarle remedio.

Aquello era la juventud descendiendo por la escala del dolor.

. . . . .

Llegó por fin á la puerta de la calle, y allí se enjugó con disimulo una lágrima.

París tenía la vida y la animacion de siempre: entre aquel sin número de personas

que cruzaban por la acera, no habría una que le tendiera la mano.

—¡Ah humanidad egoísta, pensaba, qué poco te cuidas de la suerte de tus individuos!

## CAPITULO II.



—Mañana á las ocho salimos para España y deseamos arreglar cuentas—decía un español que con otro compatriota suyo estaba en pié delante del escritorio de monsieur Telou.

—Bien,—dijo éste;—tres francos diarios por la habitacion, cuatro por...

En aquel momento la puerta del despacho se abrió bruscamente y apareció un jóven que, sin saludar ni fijarse siquiera en los viajeros, preguntó:

—Mr. Telou, ¿cuánto os debe el jóven que habitaba en el número 10 del piso tercero?

—¡Cómo!...—exclamó Mr. Telou, sin poder dominar su asombro.

—Responded pronto, que tengo mucha prisa.

—Pues por la habitacion y los almuerzos y comidas y una horchata que tomó ayer...

—Hacedme el obsequio de decir de una vez...

—Pues... cerca de trescientos francos.

—Bien, tomad ciento. Mañana ó pasado él os pagará el resto. Dadme la llave de su habitacion.

Mr. Telou estaba admirado.

—Pero, ¿qué haceis? ¿Le conocéis acaso, Sr. Aviña? No os he visto hablarle en la mesa ninguno de estos dias.

Pero Guillermo Aviña, que así se llamaba el jóven, le había arrebatado la llave y salió corriendo.

Al encontrarse en la escalera Guillermo dudó un momento.

—¿Qué hacer?—se preguntó,—¿subir al piso tercero ó salir á la calle?

Esta vacilacion tan solo duró algunos se-

gundos, porque oyendo pasos de una persona que bajaba, subió de dos en dos los escalones con la esperanza de que fuese Emilio. Desagradable fué su sorpresa al ver que era el criado, á quien preguntó por el que iba buscando.

—Un momento hace que salió.

Tal fué la respuesta, y al oirla Guillermo bajó la escalera con toda la celeridad que pudo.

Al bajar atropelló al cartero que llegaba en aquel momento, y los otros españoles que salian del despacho, al verlo, y conociendo la causa de su precipitacion, exclamaron á un tiempo:

—¡Qué Quijote!

### CAPITULO III.



—«¡Ah humanidad egoista, qué poco te cuidas de la suerte de tus individuos!»

Esta fué la exclamacion que arrancó á Emilio la vista de aquel París indiferente á sus dolores.

El agua caia como si todos los cuerpos celestes, convertidos en masas líquidas, se hubieran precipitado juntos sobre la tierra.

Las gentes, protegidas por sus paraguas, aligeraban el paso á fin de mojarse ménos; algunos qué, sorprendidos por la lluvia en la calle, no tenian con que librarse del agua, se guarecian en los portales, y por el

arroyo cruzaban coches en un sentido y en otro.

Esto lo miraba Emilio con las manos en los bolsillos y con esa tranquila sonrisa de indiferencia que arranca el dolor cuando llega á su *masciun* de intensidad.

—¿Qué hacer?—se dijo.—Y en aquel momento experimentó un consuelo... su mano había tropezado con algo en su bolsillo. Ese *algo* eran unas monedas de cobre, que sin acertar á esplicarse la causa, produjeron una grata impresion al pobre Emilio. Pero la triste realidad se presentó á su mente y volvió á preguntarse:

—¿Qué hacer?

—Tengo lo suficiente para pagar el ómnibus que me deja cerca de la embajada española; pediré allí una limosna para pasar el dia de hoy, y mañana la devolveré... ¡Qué situacion tan triste!

Y viendo luego que se acercaba el ómnibus, se levantó la solapa de la americana que vestía, y calándose el sombrero le salió al encuentro para subir á él. Cuando ponía

el pié en el estribo, una mano se apoyó en su hombro y oyó una voz que decía:

—Venid.

Emilio volvió la cabeza y se encontró con un jóven de su misma edad y de fisonomía enérgica y dulce al mismo tiempo, que, fatigado, jadeante y sin sombrero, estaba junto á él, en medio del arroyo, sin cuidarse de la lluvia que caía, ni de los coches que podían atropellarle.

—¿Quién sois?—dijo Emilio asombrado y sin comprender lo que sucedía.

—Un compañero vuestro; un estudiante español. He sabido lo que os pasa, hablé á Mr. Telou y aquí teneis la llave de vuestra alcoba.

—Habeis protegido á un huérfano que nunca como hoy había sentido la desgracia de no tener padre. Mañana os pagaré una parte de mi deuda, la otra no os la padré pagar nuuca.

—Por mi parte, yo tengo el dolor de haber perdido á mi madre hace ya tiempo, y el de hallarme casi sólo en el mundo. Si

apesar de que yo no he hecho más que cumplir con un deber, me pagais con un cariño fraternal, se habrá cumplido uno de mis mayores deseos; tener un hermano.

con la que yo había tenido, hace ya muchos años, intimas relaciones que rompí al elegir á tu madre por esposa. Mi casamiento fué para esa mujer un golpe terrible, tanto más cuanto que á los pocos meses de mi boda tuvo un niño como fruto de nuestros desgraciados amores.

Una tarde, hace dos años salía del salon de conferencias del Congreso, acompañado de un grupo de amigos, cuando escuché en el entresuelo de una hermosa casa el *Ave María* de Gounod, que tocaba, acompañado de un piano, un violin, de magistral manera manejado y con tanto sentimiento y tal gusto, que no me separé de allí hasta que dejó de oirse la última nota.

Despues me informé y supe que era *ella* que acompañaba á nuestro hijo. Había venido á Madrid, dejando la quinta cerca de Málaga donde pasa su vida, para recibirle á él á su vuelta de Bruselas, en cuyo Conservatorio había obtenido el primer premio de violin.

Ayer, como te decía, se presentó aquí

## CAPÍTULO IV.



Cuando Guillermo entró en su cuarto encontró sobre el velador una carta que decia así:

SR. D. GUILLERMO AVIÑA.

«Mi querido hijo: Tomo la pluma, no para tratar de nuestros asuntos, pues ya sé lo que trabajas por ellos y estoy altamente satisfecho de tí, sino para revelarte un secreto que me ha proporcionado muchos días de amargo sufrimiento.

Ayer se presentó en mi casa una mujer

despues de más de veinte años de evitar su presencia, diciéndome entre sollozos y suspiros: «nunca te he pedido dinero, nunca te he pedido alhajas, porque ni de tu dinero ni tus alhajas he necesitado jamás. No te he pedido tampoco un nombre para tu hijo, porque no queria mendigar lo que tu conciencia debia imponerte como un deber ineludible. Pero mi hijo se halla en estos momentos sin dinero, solo en medio del populoso París, y al escribirme que va á ser arrojado del hotel en que se halla, olvida en su tribulacion decirme cual es ese hotel y me veo imposibilitada de socorrerle. ¿Dónde está mi hijo? es necesario que lo inquietaras, que lo busquen, que lo sepas.»

Esa mujer será pronto una cariñosa madre para tí. Tu hermano se llama Emilio Zineval. Ve á la prefectura de policia, búscalo, es necesario que lo encuentres y que lo abracés; tu padre

LUIS AVIÑA.»

Al concluir la lectura de esta carta, lle-

garon á los oídos de Guillermo los primeros acordes que las vibrantes cuerdas de un violin daban al aire. Enseguida reconoció en aquella admirable y sentida combinacion de sonidos el *Ave Maria* de Gounod.

## CAPITULO V.



Al día siguiente, cerca de la siete y media, se apeaban de un *fiacre* Emilio y Guillermo en la estación del Sud.

La *gare*, como la llaman los franceses, es un edificio en el cual no hay adornos superfluos, y á excepcion de las salas de descanso, puede decirse que está hecho solo con el compás. Fuertes columnas sostienen un elevado techo, bajo el cual se mueve la multitud. Este va á un despacho de billetes, aquel corre á facturar su equipaje, el otro busca el expres de Burdeos, cruzan emplea-

dos, grita el vendedor de periódicos y bulle hormiguea ese ejambre de humanos seres. Aquello es, en una palabra, el sueño de un matemático: arriba unos cuantos arcos, abajo el movimiento continuo.

Guillermo y Emilio se confunden en estrecho abrazo, despidiéndose por el breve tiempo que al primero le falta para arreglar sus asuntos y volver al seno de su patria y de su familia.

—¡Señores viajeros al tren!—grita un empleado.

Emilio entra en el coche, cierra la portezuela, la locomotora silba, y el tren se pone en marcha.

En aquel momento una voz sale de un coche próximo al que ocupaba Emilio, diciendo en español:

—¡Mira, mira el Quijote de ayer!

## EPÍLOGO.



Guillermo, que cruzado de brazos miraba alejarse el tren, pensaba:

—Porque me han visto tratando de socorrer á un hombre en su desgracia me llaman Quijote; segun esos, Cristo debió ser el primer Quijote del mundo.